

DOS PRÓLOGOS RELEVANTES EN LA ETAPA PÍSTICA DE LAÍN ENTRALGO.

José Arturo de Lorenzo-Cáceres.

Instituto Superior de Teología (Sede de Las Palmas).

EL desarrollo temporal de la obra intelectual de Pedro Laín Entralgo (1908-2001), ha sido dividido por sus estudiosos y aceptada tal división también por él mismo (CEA, 9)¹, en tres períodos intelectuales denominados *pístico* –fe: 1935-1948-, *elpídico* –esperanza: 1948-1961- y, *filico* –amor: 1961-1989-, más un cuarto denominado *somático* -1989-2001-, en el cual se incluyen cuestiones derivadas de la fe, la esperanza y el amor bajo la óptica del yo como cuerpo.

Cada período está caracterizado por una visión situacional ante el tiempo: el pasado, en el período pístico; el futuro en la etapa elpídica; el presente en la fase filica. La fe, la esperanza y el amor articulan tres visiones globales sobre los problemas a tratar, integradas entre sí, en todas las etapas de su producción intelectual. Son separables metodológicamente, sin embargo, debido a la preponderancia que tiene cada una de tales visiones globales en el tratamiento de los temas antropológicos, somáticos, médicos, culturales e históricos que forman su producción.

¹ CEA: *Creer, esperar, amar*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1993. En adelante citaré todas sus obras por las iniciales en mayúsculas.

El período pístico, del que trataremos en adelante, está dominado por la presencia efectiva y militante de la fe católica, de forma preponderante, en el enfoque de los problemas acerca de España y del hombre español, de cuestiones sobre historia, antropología, medicina y lengua. Este período se caracteriza de forma general como una mirada hacia el pasado y las enseñanzas derivadas de él. La circunstancia trágica de la guerra civil española, que tan profunda huella personal va a tener en su biografía y su obra², así como el ideario político de una Falange Española³ idealizado y profesado por Laín en estos primeros años como posibilidad política realizable, así como adoptado y aplicado en su interpretación más integradora e irenista, serán los factores que, junto con los mencionados, van a caracterizar el desarrollo de esta etapa de su biografía intelectual.

DATOS BIOGRÁFICOS.

Pues bien, la pertenencia a los cuadros de mando del Régimen en esos primeros años de la posguerra coloca a Laín en una circunstancia peculiar al abordar la serie de estudios sobre los avatares de la cultura española que inicia desde 1940 y que da a la imprenta en 1943.

A la pregunta que cómo cree él que comprende su generación el problema de la cultura española y partiendo de una posición creyente en la fe católica, en la existencia de una España posible y en la necesidad de un modo de convivencia más justo, responde que tiene necesidad de ser osado en su pregunta y su expresión, puesto que "... una demasía de retórica caduca o de oscura invidencia amenaza sofocar nuestra inexpresa verdad" (SCE, 14)⁴. Tal verdad es la de quienes, como el propio Laín, muestran una posición intelectual integradora y conciliadora que aboga ya desde el final mismo de la Guerra Civil por la superación de cualquier enfrentamiento fratricida.

Laín escribe movido por la intención clara de "convencer, conmovier, combatir, conseguir, conducir; para fines que ineludiblemente llevan en su propia estructura el *con* de la compañía y del amor". Intención, pues, de mostrar esa verdad creída que, pese a la retórica de su expresión, quiere proclamar la

2 Véase "La guerra civil y las generaciones españolas". *En este país*, Tecnos, Madrid, 1986, 215-238.

3 **VMN**: *Los valores morales del nacional-sindicalismo*, Editora Nacional, Madrid, 1941, especialmente "Oportet haereses esse", págs. 147-155.

4 **SCE**: *Sobre la cultura española. Confesiones de este tiempo*, Editora Nacional, Madrid, 1943.

necesidad de urgencia en el cambio y en la realización que posee su tiempo, la necesidad de trascendencia del hombre, la necesidad de entrega del acervo propio a la comunidad (SCE, 17)⁵.

Desde que en 1940 fue subdirector de la revista *Escorial*, fundada junto con Dionisio Ridruejo, Luis Rosales y otros, Laín se esfuerza por incorporar en ella a nombres que no son bien vistos por el ala dura del Régimen y que han tenido peso en la cultura española anterior a 1936, como fueron, según cita "...Dámaso Alonso, Azorín, Baroja, Cossío, Gerardo Diego, Fernández Almagro, García Gómez, Lafuente Ferrari, Marañón, Menéndez Pidal, Ors, Zaragüeta, Zubiri. Ausente de esta lista, ¿necesitaré decir que Ortega estaba muy presente entre nosotros?" (DC, 282)⁶.

De manera paralela a esta voluntad de integración, a lo largo del primer lustro de los años 40 Laín ve frustradas de manera continua sus expectativas de cambio social y cultural que albergaba tras la conclusión de la guerra civil. Según declaraciones propias "... no rompí abiertamente con la Falange, aunque notoriamente se enfriase mi relación con ella. Lo que con frecuencia hicimos otros y yo... fue tomar a chacota las copiosas excrecencias enfáticas o grotescas del Régimen" (DC, 320)⁷. Sólo será en el último año de la década, tras un viaje realizado en el verano de 1948 a Sudamérica, donde tiene la oportunidad de entablar relación con exiliados españoles, cuando se decide a exponer su desencanto (EPC1, 166-168)⁸. A lo largo de esos años viene publicando, desde 1941, obras de contenido histórico-médico: *Medicina e Historia* (MH, 1941), *Estudios de Historia de la Medicina y Antropología Médica* (EHM, 1943), "El escrito *De prisca medicina* y su valor historiográfico" (*Emérita*, 1944) y artículos sobre la historia de la anatomía.

A lo largo de la segunda mitad de los años 40 se dedica con más ahínco a su cátedra universitaria y publica *La antropología en la obra de Fray Luis de Granada* (AFL, 1946), *Clásicos de la Medicina: Bichat* (CMB,

5 *Ibíd.*

6 *Descargo de Conciencia, 1930 – 1960*, Seix – Barral, Barcelona, 1976.

7 *Ibíd.*

8 **ECP1**: *España como problema*, primera edición, Ed. Seminario de Problemas Hispanoamericanos, 1949. La segunda edición de 1956 (**ECP2**), publicada en dos tomos, incorporará este texto, *Menéndez Pelayo, La generación del 98* y otros más.

1946), *Clásicos de la Medicina: Claudio Bernard* (CMCB, 1947), *Vestigios. Ensayos de crítica y amistad* (V, 1948), *Vida y obra de Guillermo Harvey* (VGH, 1948), *Clásicos de la Medicina: Harvey*, (CMGH, 1948), *Viaje a Sudamérica* (VS, 1949), *Dos biólogos: Claudio Bernard y Ramón y Cajal* (CBRC, 1949).

En 1948 funda *Cuadernos Hispanoamericanos* siendo su primer director. Viaja a Argentina, Perú y Chile. Funda *Archivos Hispanoamericanos de Historia de la Medicina* (en la actualidad *Asclepio*) en 1949. Al año siguiente publica su monumental *La Historia Clínica. Historia y teoría del relato patográfico* (HC, 1950) e *Introducción al estudio de la psicología psicósomática* (IEPS, 1950, ampliado más tarde y publicado en 1961 con el título de *Enfermedad y pecado*).

El período pístico está dominado por la presencia efectiva y militante de la fe católica en el enfoque de los problemas acerca de España y del hombre español.

Las obras publicadas en el primer lustro de los años 40 forman parte de un proyecto de estudio de gran calado que había prefigurado ya Laín en 1937 con la publicación de la serie de folletos *Tres generaciones y su destino*, y que comienza según se indicó, como proyecto autónomo en 1940, tal como viene escrito en la fecha del prólogo (1940-1943) de la primera obra titulada *Sobre la cultura española* (SCE, 1943), y que fueron, sucesivamente, *Menéndez Pelayo* (MP, 1944), *Las generaciones en la historia* (GEH, 1944) y *La generación del 98* (G98, 1945).

La quinta entrega, dedicada a la generación de Ortega no la llegó a escribir jamás como tal estudio monográfico ya que como el mismo autor dice, liquidó las proyectadas monografías porque "... la realidad misma las había mostrado absurdas" (DC, 320). Aun así Laín no cesó de dedicar más tarde cientos de páginas a sus protagonistas y sus obras.

ESPAÑA COMO PROBLEMA.

Apareció en 1949 su obra *España como problema* (ECP), donde hace revisión sumaria de tal generación y donde llama la atención acerca del problema de la definición de una España histórica y las consecuencias nefastas de guerras y conflictos fratricidas, el último de los cuales había sido la guerra civil 1936-39. En esta obra alude, de forma elíptica, a su desesperanza sobre un

cambio de régimen político así como su desconfianza en la voluntad política del régimen sobre la integración del discrepante. Comenzará entonces su período elpídico, en cuya primera etapa se dará la actitud que hemos convenido en llamar “asunción transfalangista”, esto es, sin llegar a ser plenamente demócrata en su concepción y en su expresión, la idea política de un estado cuyo credo político sea de modo dialéctico “asuntivo y superador” irá siendo abandonada progresivamente al ser considerada una coartada que esconde una práctica política vil.

El comienzo de ese proyecto en 1940-1943 viene dado por la intención de hacer una exégesis histórica del problema de la cultura española del último medio siglo a través de la confrontación intelectual de su generación con el estudio de las tres generaciones precedentes: la de los años 70 y 98 del siglo XIX y la del 14 del siglo XX.

Tal estudio debería tener tres partes diferenciadas y continuas entre sí, en las cuales la generación de hombres nacidos a la madurez a partir de la mitad de los años treinta –la llamada “generación del 36” o “de la guerra civil”-, necesitados a juicio de Laín tanto de definición intelectual crítica como de proyecto hacedero de futuro, fuesen situados dialécticamente, en primer lugar, frente a los miembros de la generación anterior bajo el lema del beato Juan de Avila, “Metamos la mano en lo más íntimo de nuestro corazón y escudriñémoslo con candelas”. El imperativo del esclarecimiento se hace urgente para esos hombres jóvenes que son herederos de una tradición cultural cuyos partícipes han resuelto ser a menudo inconciliables en sus posiciones históricas y biográficas. Ante ese pasado, el imperativo de su generación será el de cómo entenderlo, asumirlo y superarlo.

La segunda parte debería analizar la manera cómo su generación despertó a la historia española bajo la concreta circunstancia de la guerra civil, y llevaría el lema tomado de Unamuno “Quien nunca hubiere sufrido, poco o mucho, no tendría conciencia de sí”. La lucidez que acompaña al sufrimiento en esa concreta y trágica circunstancia de estar participando en una contienda, las más de las veces maniquea en su concepción y ejecución, le lleva al propósito de definir el despertar de la conciencia cultural de su generación. La tercera parte habría de tratar de la acción concreta de los miembros de su generación en la vida intelectual española de esos años, a partir del final de la

guerra civil, bajo el lema de una frase de San Agustín “*Cresce de lacte ut ad panem prevenias*”.

La intención de Laín sobre la realización efectiva de este proyecto investigador y expositivo es la de proceder a elucidar algunos problemas culturales e históricos de forma coherente, bajo los supuestos políticos, ideológicos y religiosos del nuevo Régimen. Piensa Laín que la nueva realidad le brinda como analista la ocasión de abordar con intención de cambio, cuestiones derivadas de las realidades de nación y cultura, de enseñanza, de revolución y creencia. Está convencido en ese momento de que el papel y la ejecutoria de los miembros de su generación –concebida como equipo y, singularmente, de intelectuales- es la de verterse a la realidad cotidiana de la construcción de la cultura española para renovar el maltrecho panorama con ideas y hechos, ya que han perdido maestros y referencias inmediatas. Ilusión impracticable e intención abocada al fracaso, tal como se anotó más arriba.

DIONISIO RIDRUEJO Y XAVIER ZUBIRI.

El bienio en que Laín escribe **GEH** y **G98** su proyecto ya está tocado de muerte y las dos figuras a quienes dedica sus introducciones, Dionisio Ridruejo (1912-1975) y Xavier Zubiri (1898-1983) son por distintos pero rotundos motivos, exiliados interiores. Ridruejo ha sido una figura política de primer orden durante la Guerra Civil y promotor de diversas iniciativas culturales dentro del Régimen. Ha sido Jefe del Servicio Nacional de Propaganda y ha organizado un departamento donde conviven él mismo, Maravall, Laín Entralgo, Torrente Ballester, Luis Rosales y tantos otros que más tarde y por diversos motivos serán críticos con el Régimen.

En julio de 1942 envía una carta a Franco presentando la dimisión de sus cargos y mostrando su desacuerdo e indignación acerca de la línea política seguida tras la contienda y sus ejecutores efectivos, más propensos a burocracia inoperante y detentación de cargos, que partidarios de una acción política renovadora de España bajo el ideario de la Falange. Parecidos argumentos, pero términos más duros emplea en la consecutiva carta a Serrano Súñer y a Arrese (**CUM**, 236-45)⁹. La respuesta del Régimen no se hace esperar y es confinado en Ronda en octubre de ese año. Más tarde trasladan su confinamiento a Cataluña y en 1948 le permiten ir de corresponsal a Roma. Vuelve en 1951, dedicándose al periodismo, la poesía y la política, ésta última de

⁹ **CUM**: *Casi unas memorias*, Dionisio Ridruejo, Planeta, Barcelona, 1976.

oposición posibilista al Régimen, siendo encarcelado varias veces a lo largo de los años 50 y 60.

Zubiri, por su parte, ha sido catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad Central de Madrid desde 1926. De 1928 a 1931 se ausenta de su cátedra para ampliar horizontes filosóficos y científicos. En esos años estudió en Berlín con Werner Jaeger, Erwin Schrödinger, Goldschmidt y Mangolt, y allí conoció también a Planck, Heisenberg y Einstein.

En Friburgo estudió matemáticas con Zermelo y asistió a los últimos cursos de Husserl y primeros de Heidegger.

Retorna a su cátedra en 1931, y comienza a publicar en 1933. En 1936 se halla en Roma, donde en la primavera de ese año había logrado la dispensa eclesíastica para la secularización, y contrae matrimonio con Carmen Castro. El golpe de

Piensa Laín que el nuevo Régimen político le brinda como analista la ocasión de abordar con intención de cambio, cuestiones derivadas de las realidades de nación y cultura, de enseñanza, de revolución y creencia.

estado les sorprende allí. A lo largo de la estancia de la pareja en Roma durante la Guerra Civil, son vigilados por la policía franquista, lo que les mueve a viajar a París e instalarse allí hasta 1939. En esta ciudad Zubiri conoce a De Broglie y a los Jolliot-Curie, con quienes estudia y trabaja en física, a Benveniste, Massignon, Labar y otros con quienes estudia filología e historia antigua.

En París dicta cursos sobre teología y filosofía. Regresa a España al terminar la guerra. Las cátedras comienzan a estar fuertemente influidas por el nacional-catolicismo y en manos de personas “seguras”, ideológicamente hablando, para los cuales Zubiri era sospechoso, ya que no era ni “nacional”, ni “rojo”, ni de la “mediación”. Acepta una cátedra de filosofía en la Universidad de Barcelona, ya que se quería alejarlo de Madrid debido a la prohibición canónica de enseñar en el mismo sitio donde se había ejercido el magisterio. Rechaza el decanato que le ofrecen y durante dos años ejerce su cátedra. En 1942 solicita una excedencia *sine die*, que es la renuncia definitiva debido a las presiones del Régimen pronunciando una conferencia titulada “Nuestra situación intelectual”. A finales de ese año termina el prólogo de su primer libro *Naturaleza, Historia, Dios*, para el cual eligió como primer artículo el contenido de su última lección docente. El libro verá la luz en 1944 y lo publicará la Editora Nacional, a la sazón dirigida por Laín Entralgo. En

palabras de Laín, "...A mi profunda satisfacción de haber logrado para *Escorial* tres de sus mejores ensayos filosóficos, se unía ahora la penosa, doblemente penosa decepción de ver en total desvalimiento económico a un amigo tan eminente como entrañable y de advertir, a través de un suceso máximamente significativo, cuál era la real disposición de la España de la victoria... ante el problema de su cultura".

Zubiri se despidió para siempre de la Universidad española como a un verdadero filósofo corresponde: "cargado de razón" (DC, 302)¹⁰. En el año 1945 comienzan los cursos privados que ofrece Zubiri ya fuera del ámbito universitario, bajo el auspicio de la Sociedad de Estudios y Publicaciones, patrocinados por el Banco Urquijo mediante los buenos oficios, entre otros de Juan Lladó. Estos cursos marcarán la influencia cada vez mayor de su autor sobre la intelectualidad española durante más de tres décadas, y durarán hasta el año 1976, con una interrupción entre 1954 y 1959. A partir de 1977, Zubiri se consagró a preparar su obra escrita.

LOS PRÓLOGOS.

Así pues, los lectores actuales de las obras *Las generaciones en la historia* y *La generación del 98*, podrán apreciar que en ellas, como proemio introductorio, se encuentran unos testimonios de agradecimiento y dedicatoria a dos personas relevantes en la vida intelectual y política -pero sobre todo convivencial- de nuestro autor. Son estos testimonios la *Carta a Xavier Zubiri*, que antecede a su metodológico estudio sobre las generaciones (GEH), y la *Epístola a Dionisio Ridruejo*, que inicia la monografía sobre los hombres del 98 (G98). Esta última obra, publicada inicialmente en 1945 y convertida con el transcurso de los años en clásica y de referencia obligada por su tratamiento original sobre sus miembros, sufrió durante décadas la mutilación, por razones de espacio y volumen, en la edición de la Colección Austral de Espasa-Calpe de dos capítulos, la carta introductoria y notas a pie de página que sólo aparecieron en la primera edición, así como en la edición de Aguilar, en dos tomos, de *España como problema* de 1956.

Los lectores actuales podrán apreciar la novedad de la reinclusión en la edición de 1997 de Espasa-Calpe del material eliminado y podrán hacerse idea precisa de la importancia que tiene la inclusión de tales introducciones en

¹⁰ *Ibid.*

ambas obras. Tal importancia se ve reflejada por un lado en el bosquejo sobre el proyecto acerca de la cultura española de nuestro autor, en segundo lugar en el concepto de convivencia, entendido como coejecución de los mismos actos espirituales o, lo que es lo mismo, "... comunidad de fe y de esperanza entre las personas que conviven" (GEH, 79), y en tercer lugar acerca de la importancia cultural y política de estas dos personalidades, que a juicio de Laín Entralgo son relevantes para la renovación cultural y convivencial de la España del momento.

Esos dos testimonios tienen un carácter crítico de reivindicación de la inteligencia y la lucidez. Ambos atañen a las consecuencias del "problema de España" en el momento histórico en que, acabada la guerra mundial, esa creencia utópica e ingenua de nuestro autor –y de muchos como él– en una política realmente "asuntiva y superadora" se resquebraja ante la realidad efectiva.

Al mismo tiempo, las instancias políticas depuran las cátedras universitarias de elementos "no afectos", en detrimento de la inteligencia y el buen hacer de profesionales de probada valía. La creencia en una política que se realice mediante un método dialéctico, asuntivo y superador del pasado no pasará de ser un espejismo o un arbitrio-coartada, como el mismo Laín afirma más tarde, que le situará anímica e intelectualmente en una posición elpídica o de esperanza de cambio intelectual, social y político. Ambas dedicatorias en GEH y G98 poseen, pues, un importante valor simbólico y testimonial. Están motivadas por la religación en una "común fe en algo" que -de modo distinto- experimenta nuestro autor, tanto con Xavier Zubiri como con Dionisio Ridruejo. Consideramos que ambos testimonios son claves hermenéuticas para entender, de modo complementario, el estado de fe quebrantada en que se encuentra ya, por estas fechas, el proyecto "*Sobre la cultura española*" y, como consecuencia, la labor exegética y crítica, a la postre ontologizadora de Laín sobre el ser o no ser de España.

LA CARIDAD –ÁGAPE- COMO ELEMENTO.

Encontramos, en ambas notas prologales, la caridad -*ágape*- cristianamente entendida como primer elemento común. El segundo nexo de unión entre ambas es, a nuestro parecer, el sentido del deber que tiene Laín -en cuanto se siente católico pístico y agapético- hacia la amistad y hacia la verdad. Aparece aquí entre líneas, como sustentación de ambos testimonios, la repetida senten-

cia lainiana de “*amica veritas, sed etiam amicus Plato*”. En tercer elemento común lo encontramos en el doble vínculo en el que Laín se siente instalado con esos dos seres personales españoles. Uno de ellos es compartido: la creencia católica. El otro es específico: la actividad de pensar, con el filósofo; la tarea de soñar, con el político-poeta. En otras palabras: el doble deber hacia la amistad y hacia la verdad, movido por una ideal convicción política, una creencia pística y un fílico sentimiento de correligación *a priori* a Dios, lleva a nuestro autor a ofrecer público homenaje a dos personas que de maneras diversas, son relevantes y no prescindibles en la España de mitad de los años 40.

En otras palabras: ambos testimonios son respectivas llamadas de atención, según creemos, a los españoles cavilosos que deseen evitar la normativización de la filosofía -singularmente, de la metafísica, tomismo integrista al fondo- y la estéril normativización de la vida política española que Laín desea “asuntiva y superadora”. Propone Laín, en síntesis, pensar con rigor y soñar creadoramente, en la época en la que ya está acaeciendo el quiebro definitivo de su proyecto “*Sobre la cultura española*”.

Comienza la *Carta a Xavier Zubiri* con una cita de S. Pablo, *Induamur arma lucis*. Fiel a su íntima convicción pística, “asuntiva y superadora”, Laín escribe para convencer, como hemos mencionado. Sólo se convence, piensa nuestro autor, mediante la conducción -a través de la palabra- hacia el esclarecimiento de las cuestiones que la mente cavilosa pone ante sí. El arma del intelectual debe ser, en consecuencia, su modo de convertir en “noticia articulada” lo que previamente se le ha manifestado como “problema”, esto es, la luz que derrama con mayor o menor penetración la mente escudriñadora y el talante inquieto del buscador de la verdad.

Cree el Laín pístico que el Zubiri de los años 40 es “una de las tres cabezas europeas” (DC, 301). Cree de importancia capital la lección acerca del rigor y vitalidad del saber, aprendida de Zubiri, de que “... solo es vivo y verdadero nuestro saber cuando, sin poner en duda nuestra posibilidad de conocer algo con firmeza, contemplamos como permanente problema aquello que sabemos o aprendemos” (GEH, 11). La esforzada labor de disección y discriminación, indagación profunda y novedosa son aprendizajes realizados merced a la continuada convivencia de nuestro autor con su maestro filosófico. Agradece profundamente Laín esta empresa de comprensión de la cual se declara modesto aprendiz, que lleva a cabo en la labor del estudio monográfico de las generaciones.

Pondera también en el pensador vasco su atenuamiento “al imperativo del concepto”, de cuyo ejemplo ha tomado el modelo de investigación como “inquietud problematizante” (GEH, 12-13). En consecuencia halla que Zubiri ejerce su labor filosófica con estricta sujeción a la búsqueda de la verdad, a través del rigor conceptual y de la universalidad. Es desde esta afirmación de la valía de Zubiri como Laín blasona su amistad y su magisterio. Le resulta inadmisibles a Laín, en consecuencia, su preterición por parte de las instancias oficiales (DC, 301-302). Al tiempo afirma la esperanza como el único refugio que le queda a todo buscador que como él, como su maestro y amigo, y como tantos españoles, se vistan con las armas de la luz, esto es, de la conciencia crítica y buscadora de la verdad en tiempos de sombra.

Sólo se convence mediante la conducción -a través de la palabra- hacia el esclarecimiento de las cuestiones que la mente cavilosa pone ante sí.

Las menciones que el Laín pístico realiza sobre Zubiri en su breve e intenso prólogo tienen un significado simbólico de extraordinario valor. Blasonar públicamente su discipulado y amistad y mostrar la afilada conceptualización del pensador vasco es, en aquella España, una actitud reivindicativa clara, desde una postura pística comprometida con la verdad.

En dos conversaciones privadas -diciembre de 1991, febrero de 1993- contestando algunas de mis preguntas en torno a este tema, don Pedro Laín confirmó esa intención reivindicativa, por considerar vejatoria e injusta la actitud de la España oficial con Zubiri y Ridruejo.

A éste va dedicada la *Epístola...* que encabeza G98. Tienen sus páginas una intención marcadamente “asuntiva y superadora”, ya que la segunda característica que une a Laín con Ridruejo es el sueño común de una España hacedera, desde los supuestos de aquel falangismo pístico, ingenuo y utópico. Señala Laín la importancia de primer orden que tiene tanto la amistad como la especial y “eminente” singularidad de Ridruejo en cuanto posible “lector y aceptor” de este libro (G98, 14).

Ambos comparten en ese momento, como hemos visto, esperanzas frustradas, una de cuyas consecuencias más inmediatas ha sido el confinamiento político de su amigo. Escribe esta monografía, en consecuencia, como la historia de un parecido generacional entre los del 98 como españoles, y no sólo como literatos, en torno al problema de España. Afirma que el término del

proyecto posee valor intrínseco y, lo que es más significativo, apostilla que tiene “la osadía de decirlo” (G98, 14). Creemos que tal afirmación lainiana no viene motivada por un puro sentir estilístico o intelectual; antes bien, lo sabemos motivado por el cúmulo de circunstancias que están rodeando su indagación: el sentimiento de fracaso generacional en el empeño de cambio de una España huidiza por obra de avatares políticos y su parecido con aquella generación de hombres que casi cincuenta años antes había elevado su voz y fracasado en sus ideales, más literarios que reales. El sueño de España se evapora, igualmente. Un matiz les diferencia del 98, empero, y es la esperanza que proporciona la convivencia mutua de los sueños: “Aun sabiendo que aquellos sueños a la vera del Arlanzón no pasarán jamás de serlo, ¿podremos renunciar a ellos, sin son sustancia de nuestra propia vida?” (G98, 19).

LA GENERACIÓN DEL 98.

Reconoce abiertamente nuestro autor la triple deuda contraída -y también las reservas hacia algunas actitudes intelectuales, estéticas y políticas-, con los hombres del 98 por parte del grupo generacional que en el Burgos bélico acrisoló su fe, ideales comunes y amistad. Deuda idiomática, estética y española, la denomina Laín (G98, 17).

La primera la cifra Laín en los modos idiomáticos novedosos, en una influencia clara y decisiva de estos hombres, en el modo español de decir las cosas, de articular conceptos en palabras. Su obra escrita, pues, se hace patente en el ser colectivo español. La segunda deuda se refiere al modo de contemplación y de figuración expresiva de la realidad española que los hombres del 98 han impreso en la sensibilidad de los seres personales y del ser colectivo de España. La tercera es, el modo de vivir el problema de España, el modo píctico, “asuntivo y superador” de vivirlo por parte de Laín, Ridruejo y el “grupo de Burgos”, la más hondamente sentida y expresada por nuestro autor. En ella reconoce como propio el ensueño de una España posible y convivencial que a todos sus miembros les movía -gracias a los del 98- en cuanto para ellos era “llegada la hora de esa tan esperada síntesis de España”.

Ese sueño de España es, para Laín, estéticamente compartido con los hombres del 98, ontológicamente prefigurado a través de la realización histórica y la acción política. Es también ese sueño de España manifestado patrióticamente ya que, para nuestro autor, lo que le ha urgido a escribir esa biografía “ha sido el amor a la verdad y mi dolorida pasión por el decoro de España”

(G98, 19). Como español que siente el dolor del problema de España -que sabe compartido por Ridruejo y los miembros del «ghetto al revés» de Burgos¹¹-, como españoles más que como literatos, quiere tratar a los hombres del 98. De ahí que Laín, de modo leal y levemente irónico, reconozca la limitación de su estudio al centrarlo en la biografía del parecido generacional, que tiene el problema de España como motivo central de los desvelos literarios de todos ellos.

Laín, al dedicar el libro a Ridruejo, reconoce el malogro y la evanescencia del sueño de España coejecutado por ambos, sabiendo que aquellos sueños sobre la España posible históricamente jamás se realizarán. Se le ha hecho patente ya a nuestro autor, a la altura de la Pascua de 1945, la inutilidad de la fe puesta en las posibilidades históricas y operativas de un credo “asuntivo y superador” tras las secuelas de intolerancia de una guerra civil que ha evitado sistemáticamente la construcción de una nueva España y el diálogo convivencial con el vencido.

Reconoce Laín, para terminar, que mientras compuso G98 se dedicó a “leer, pensar y soñar” una España posible y que, a partir de ahora cesará en su empeño de historiador de la vida y el pensamiento de España. Y se siente dispuesto para abordar otros temas, singularmente aquellos en los que desempeña su cátedra de Historia de la Medicina. “No cambiará la índole de mi actividad espiritual”, nos dice más adelante (G98, 24). Esto es, seguirá ocupado y preocupado por el problema y el sueño de España, pero de un modo más íntimo, sin querer ejecutar una actividad -siquiera sea la de escribir “combativamente”, como hasta ahora para convencer, para esclarecer conciencias con la luz del entendimiento y la razón- que se ha revelado cada vez más imposible e inútil. Años más tarde dará un nuevo paso, como mencionamos con anterioridad, que será conclusivo término a ese proyecto. Al borde de su período elpídico será esa etapa de “asunción transfalangista”, que tras el viaje a Sudamérica tendrá a *España como problema* como resultado.

11 Laín denomina así, humorísticamente, al grupo de intelectuales que trabajaban en Burgos en el Servicio de Propaganda. Los *ghettos* son, por definición, espacios acotados donde existe ausencia de libertad de movimientos, vigilancias y registros constantes y ambiente de asfixia y temor. Al contrario que esos *ghettos*, en el seno de ese grupo, la convivencia era de libertad, amplitud de miras, sueños sobre la reconciliación -dentro, eso sí, de los dogmas falangistas- de los españoles que pusiesen voluntad en acercar posturas, frente a un exterior vigilante.

Ridruejo, por su parte, responde a la *Epístola...* de Laín con un artículo, “El 98 en nosotros”, fechado en diciembre de 1945 (EAO). A éste acompañan dos más, fechado uno en 1953 y el otro de 1957. El primero de ellos se hace eco de la publicación de *España como problema*. Adivina, en tanto amigo, el sentido íntimo de la dedicatoria lainiana. Como español y como hombre de letras dice Ridruejo ser capaz de comprender su generosa necesidad al tratar de ahondar en el “problema de España” a través de la pesquisa biográfica sobre los del 98. Reconoce como un mérito más de la obra el nada fácil esfuerzo lainiano de hacer sentir de modo propio a los miembros de esa generación.

Tiene Ridruejo presente en sus vivencias, asociadas a ellas, las figuras y enseñanzas de sus miembros: en la campaña de Rusia, la intrahistoria y el abrazo mortal de los enemigos que expresara Unamuno, la melancolía de Machado en su confinamiento de Ronda, el doloroso sentir de la sordidez de los desheredados que tan magistralmente retratará Baroja, el gustoso desnudamiento detallista de las cosas mostrado por Azorín y encontrado en la mentalidad catalana, al llegar en su segunda etapa de exilio interior. Se impone la necesidad personal y generacional de asumir a lo largo de ese peregrinaje, el hecho de que “... mi deber y el tuyo y el de los más de nosotros era revisar, ahondar, enriquecer y hacer fecunda nuestra personalidad, ya que no nos era posible servir de modo más directo a nuestros ideales” (EAO, 431). El sueño de estos hombres es expresado por Ridruejo, asimismo, como una deuda que pesa en su generación, ya que su despertar personal, cultural y nacional a la vida de España se produjo en diálogo acordado unas veces, discordante otras, con la obra y la palabra de los miembros de esta generación. Y, como ellos, el sueño de España se había convertido -tras el fracaso de la opción política “asuntiva y superadora”- en un ideal.

Algo diferencia a esa generación de literatos del desterrado de Ronda, según su propia expresión. Es la certidumbre que, respecto al problema de España, es la generación de la guerra civil la que recoge el despojo y ha de aprestarse a la tarea de la renovación, esto es, de despertarse y realizar ese sueño compartido. La herencia del 98, que es asumida por Ridruejo, es “la disconformidad con una patria triste y pobre, unos lúcidos proyectos para regenerarla y luego, sólo luego, el sueño de una España ideal, ese que más tarde se derramó a golpes de acción y de pensamiento” (EAO, 434). Comprende, al fin, el abandono definitivo del proyecto “*Sobre la cultura española*” por parte de Laín, haciendo notar, sin embargo, que a esta genera-

ción común le quedan como cuestiones pendientes la evaluación del pasado reciente, de aquel ideal político “asuntivo y superador” que les llevó a soñar una España integradora y, sobre todo, la revisión propia a la luz de la esperanza y la puesta en camino a través de la obra propia y solitaria del quehacer personal, puesto que “unos y otros y todos andamos necesitados de ponernos de acuerdo con nosotros mismos y de poner en claro nuestras intenciones y nuestras posibilidades” (EAO, 434).

José Arturo de Lorenzo-Cáceres.